



La política en las categorías de análisis: mitos y realidades sobre la globalización, la integración y las identidades

*Enrique E. Sánchez Ruiz**

Resumen

En este trabajo se desacralizan algunos mitos asociados al fenómeno de la globalización, se critica el uso de algunos conceptos y se desmitifican “certezas” que impiden ver claramente la realidad. Se advierte que los movimientos de pensamiento llevan de un extremo interpretativo a otro, dejando a un lado puntos intermedios. Esto se refleja en la investigación sobre globalización, industrias culturales e identidades, campos en los que los mitos obstaculizan ver lo que ocurre en el flujo histórico. Se considera igualmente el lugar que ocupan los medios de comunicación en las estructuras de poder. Se concluye señalando que hay intereses, implicaciones y consecuencias políticas escondidos tras los puntos de vista que determinan premisas, presupuestos y marcos interpretativos de la investigación.

Palabras clave: Globalización, identidades, medios de comunicación.

The Policy of Category Analysis: Myths and Realities about Globalization, Integration, and Identities

Abstract

In this paper some myths associated with the phenomenon of globalization are de-mystified; the use of certain concepts are criticized, and some “certainties” are demystified in order to analyze them clearly. A warning is made as to thoughts that lead from one extreme to another, leaving out the intermediate alternatives. This situation is reflected in research on the phenomena of globalization, cultural industries and identities, fields in which myths obscure what occurs in the flow of history. The place occupied by mass means of communication in the structures of power is also considered. The conclusion points out that there are interests, implications and political consequences hidden behind each point of view, which determine research premises, presuppositions and interpretative frameworks.

Key words: Globalization, identities, mass media.

En este escrito no es nuestra intención, ni acción, “refutar” alguna teoría o concepto, aunque por vía del ejercicio de la mirada crítica, intentamos recuperar esa fundamental característica de las ciencias sociales latinoamericanas. Se trata de hacer una crítica a un cierto uso, más o menos generalizado, de conceptos y nociones de ciencias sociales de una forma que, conciente o inconciente, tramposa o no, mitifica y distorsiona, oculta, *al tiempo que revela*. Lo mismo sucede cuando se manejan, maliciosa o ingenuamente, resultados de investigación empírica, ya sean de naturaleza cuantitativa o cualitativa¹.

Lo que pasa, argumentamos en el escrito, es que es imposible en las ciencias sociales deslindarse completamente de las posiciones, los intereses y los debates políticos. Por cierto, tampoco nuestro escrito preten-

1 Tú haces énfasis en el “vaso medio lleno” y yo en el “vaso medio vacío”.

de, de momento, criticar o refutar a teóricos o investigadores particulares, puesto que, repito, con frecuencia muchas de estas teorías y conceptos en realidad sí aportan y enriquecen el entendimiento de la realidad a que se refieren. El gran problema es que algunas de estas nuevas aproximaciones se usen acríticamente, e incluso equivocadamente, y se tornen en simples *modas*, lo que solamente logra al final desposeerlas de su poder descriptivo o explicativo, tomándolas como “verdades absolutas”. Un efecto pernicioso de las modas intelectuales es que, un tanto como acción refleja (aunque por una falta de autorreflexividad), tienden a desplazar a los acercamientos preexistentes, cuando a veces todavía no terminaban de demostrar su potencial heurístico, descriptivo o explicativo. Simplemente, pasan de moda.

El fin del siglo se caracterizó por una cierta tendencia a la desacralización de algunos mitos, a la desmitificación de algunas “esencialidades” heredadas de la historia reciente y no tanto. Esto fue seguido a su vez, desafortunadamente, por una tendencia a la sacralización de algunas de las nuevas relatividades, de alguna forma absolutizadas, convertidas en esencias o, por lo menos, en premisas del sentido común académico. Comenta un analista que “la era posmoderna, caracterizada por un furor desmitificante, es paradójicamente pródiga en mitos” (...) “Los mitos posmodernos de la globalización, del fin de las ideologías, del progreso indefinido de la sociedad de la información y de la libertad en un mundo de control social aparecen, en fin, como metarrelatos que sustentan al pensamiento hegemónico, único, imperante en el nuevo orden mundial” (Cocimani, 2004: 36).

Se trata del movimiento de unas certezas ya sedimentadas en el sentido común de los intelectuales e investigadores, a otras nuevas, poco o nada cuestionadas. La verdad, no se alcanza a determinar si se trata de mutaciones de “episteme”, en el sentido de esas grandes configuraciones discursivas que incluso definen el carácter de ciertas épocas de la historia (Foucault, 1974), o si en todo caso son cambios -revolucionarios o no- de “paradigmas”, en el sentido de Kuhn (1970), por lo menos cuando elementos de ese nuevo sentido común permean a las interpretaciones de las ciencias sociales.

Comentaremos más adelante casos como el de que los medios de comunicación no ejercen influencias sobre sus públicos, porque los procesos de recepción son complejos y multimediados, entre otros factores (Miller y Philo, 2001; Biltereyst, 2002). Más en general, entonces, los

nuevos mitos constituyen las “nuevas certezas”, que sustituyen a las antiguas. Lo más interesante, aunque desconcertante, es que la mayoría de estos mitos *no necesariamente son mentiras*. Suelen tener una parte de verdad, aunque también suelen no dejar ver otros aspectos de la realidad, como veremos con los ejemplos que se presentan adelante. Usamos entonces el término “mito” en un sentido muy cercano al que proponía Roland Barthes (1977), como un tipo de discurso, de naturaleza ideológica, que *muestra* lo mismo que *oculta*². El mito contemporáneo, especialmente aquel que funciona como concepto analítico de ciencias sociales, es una forma de ideología (Bourdieu y Wacquant, 2000). El mecanismo argumentativo de este tipo de relato consiste en poner énfasis en un aspecto, o dimensión, del fenómeno o proceso al que se hace referencia, y soslayar que puede haber, o que de hecho hay, otras dimensiones u otros factores. Por ejemplo, hay discursos que definen la “globalización” solamente, o principalmente, en relación con la apertura de mercados a los flujos de “libre” comercio y en los que se soslayan otros aspectos, incluso económicos, pero también políticos, culturales y sociales. Entender la globalización solamente en términos de “apertura comercial” puede terminar produciendo una interpretación parcial e ideológica, limitada, del proceso más amplio (Pires, 2001).

Este tipo de uso de una categoría como la de globalización puede tener “por efecto, si no por función, ahogar en el ecumenismo cultural o el fatalismo economista los efectos del imperialismo, y hacer aparecer una relación de fuerzas transnacional como una necesidad natural” (Bourdieu y Wacquant, 2000: 112). De hecho, diversas imágenes, nociones e interpretaciones de la globalización misma han generado una serie de mitos, además de teorizaciones más formales (Ianni, 1996; 2000; García Canclini, 1999). Por ejemplo, el paso de la sacralización de nociones como Estado, nación, identidad y cultura “nacionales”, a su “des-esencialización”, su reinterpretación explosiva en términos de “diversidades múltiples” en el caso de cultura e identidades, o su virtual declaración de inexistencia en ciertas versiones posmodernas del Estado, la

2 O, por lo menos, “distorsiona”, ya que, dice Barthes (1977:121): “El mito no oculta nada: su función es distorsionar, no hacer desaparecer”. El caso del poster del negro con la bandera francesa, que muestra a “los otros franceses”, al mismo tiempo que oculta -o “distorsiona”- el racismo francés.

nación y las identidades nacionales (Beck, 1998; Vilas, 1999). Complementariamente a tomar un fragmento por el todo, está la tendencia a universalizar, o a generalizar sin que necesariamente haya sustento lógico, o empírico, como cuando se afirma que el Estado-nación *ya no existe*, o ya no debería existir³. “El imperialismo cultural-afirman Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant (2000: 109)- se apoya en el poder de universalizar los particularismos vinculados a una tradición histórica singular, haciéndolos desconocer como tales”. Algunos de estos conceptos mitificados-mitificantes se convierten incluso en premisas del discurso intelectual y “científico”:

Estos lugares comunes, en el sentido aristotélico de nociones *con las cuales* se argumenta pero *sobre las cuales* no se argumenta, o, en otros términos, estos presupuestos de la discusión que permanecen indiscutidos, deben una parte de su fuerza de convicción al hecho de que están presentes en todas partes al mismo tiempo, desde Berlín hasta Tokio y desde Milán hasta México, y circulan desde los coloquios universitarios hasta los libros de éxito, desde las revistas semieruditas hasta los informes de expertos, desde las conclusiones de comisiones hasta las portadas de los semanarios ... (ibid: 109-110).

Entonces, Bourdieu y Wacquant desarrollan una serie de ejemplos en los cuales la aplicación de categorías “universales”, procedentes de unas coordenadas espacio-temporales particulares (el mundillo académico estadounidense, en este caso, y como referente del discurso, la propia realidad norteamericana) funciona para interpretar de manera distorsionada o incompleta otras realidades particulares. Este es claramente un ámbito posible para ejercer la famosa “vigilancia epistemológica” (Bourdieu *et al.*, 1975).

De unos mitos a otros. De unas modas intelectuales a otras. En algunos casos, del predominio de unos intereses a otros, como en general ha tenido que suceder en las ciencias sociales a través de la historia (Göran Therborn, 1980). Ese es un problema de los movimientos en el pensamiento, que nos suelen llevar, en ocasiones, de un extremo inter-

3 El Estado-nación, como noción abstracta, no existe sino en tanto concepto, pero los estados nacionales continúan siendo actores centrales en el concierto global (Petras, 2001; Osorio, 2002; Yúdice, 1996).

pretativo a otro, sin reparar en mediaciones posibles, en puntos intermedios, en cruces de caminos. Es todo, o nada. En otros lados he criticado a las ciencias sociales mexicanas -y latinoamericanas, más en general-, en particular a los estudios sobre comunicación, que en ocasiones se dejan llevar por novedades intelectuales y que repentinamente tiran a la basura conceptos, teorías, enfoques, paradigmas preexistentes, para substituirlos a veces en bloque por otros “nuevos”, mismos que en ocasiones en realidad suelen venir a “redescubrir la rueda” y que eventualmente son substituidos por “nuevas” versiones de los anteriores, que a su vez suelen aparecer, por cierto, sin memoria de su anterior presencia (Sánchez Ruiz, 1992; 2000; Curran, 1990).

Esto también suele reflejar una actitud poco científica, del tipo “todo o nada”, muy proclive al maniqueísmo: la creencia de que algo, en este caso un discurso teórico-metodológico, por ejemplo, es completamente bueno, o correcto, versus otro, que sería completamente malo,⁴ o incorrecto (Sánchez Ruiz, 1992). En algunos casos simplemente nos damos cuenta de que “la verdad” sostenida hasta un momento dado era incompleta y encontramos que un nuevo concepto o enfoque nos ayuda a develar un “pedazo” de realidad hasta entonces oculto (Schaff, 1971). Puedo recordar teorías en su momento de auge, que hicieron una gran aportación al entendimiento de los procesos sociales, políticos, económicos o culturales, como la teoría de la hegemonía de Gramsci en los años setenta,⁵ que de hecho fue un puente que permitió el paso de una teoría marxista rígida y en algunos aspectos “funcionalista” de la ideología, hacia los estudios culturales críticos (McLennan *et al.*, 1977; Hall, 1977); o el enfoque llamado de las mediaciones en el estudio de la comunicación y la cultura, en los ochenta (Martín Barbero, 2002; Follari, 2002; Mattelart y Neveu, 2004). Muchas de esas visiones pueden responder, aunque no siempre de manera explícita y conciente, a intereses, a ideologías, a posiciones políticas (Biltereyst, 2002). A veces, aun suponiendo que quienes sostienen alguna postura, parten de una pretensión de “objetividad” y que en esos casos haya al-

4 Lo “bueno” o “malo” tendría connotaciones ideológicas, o éticas.

5 A pesar de que Gramsci escribió sus reflexiones en la cárcel entre 1929 y 1935, se le “descubrió” en el marxismo académico hasta fines de los sesenta y fue una referencia importante durante los años setenta.

gún grado de “ingenuidad” de parte del investigador o investigadora, suele pasar que un mito de ciencias sociales, en tanto verdad parcial, tiene de todos modos consecuencias de orden político, tanto por lo que sí revela como -y principalmente- por lo que alcanza a ocultar (Murdock, 2004; Ruiz Contardo, 2004).

En el caso de la investigación sobre globalización, industrias culturales e identidades, no son pocos los mitos y los bandazos, de un extremo a otro, que han servido de obstáculos para ver más claramente lo que realmente acontece en el flujo histórico (Sánchez Ruiz, 2000). Por ejemplo, heredamos del pasado una noción más o menos cerrada de cultura (se pensaba en una, LA Cultura) como algo más o menos puro y esencial, inmutable, que sería a la vez síntesis y reflejo de una comunidad social, como en nociones populares (y políticas) de “la cultura nacional” (Valenzuela Arce, 1999; 2003). Las nuevas nociones finiseculares, del tipo de la propuesta de Néstor García Canclini (1989) sobre las “culturas híbridas”, abrieron una gran veta de investigación y de intervención en políticas culturales, al dejar atrás el punto de vista esencialista y ahistórico prevaleciente con anterioridad. Predominó entonces la idea de culturas particulares, múltiples, alimentándose unas a otras, mutando al ritmo del cambio histórico. Pero cuando este relativismo se “absolutizó”, entonces se perdió de vista que las culturas se desarrollan en pueblos concretos, con capacidades y posibilidades diferenciales de desarrollo, expresión y expansión; que las culturas no solamente cambian al interpenetrarse, sino también *se esfuman* cuando no tienen condiciones materiales para sostenerse y desarrollarse (García Canclini, 2005); que las culturas constituyen una enorme riqueza no necesariamente material, que son un patrimonio humano que, al ir desapareciendo, podría nunca recuperarse, como los cientos de lenguas que en este momento están en peligro de extinción; olvidamos que las culturas tienen una cierta correspondencia con el poder en lo económico y lo político, que finalmente se traduce en “poder cultural”. De hecho, la relativización de la noción de cultura produjo una especie de “populismo cultural”, que otorgaba igual peso y poder a las culturas de diferentes sociedades, tanto en la arena internacional, como al interior de los países.⁶ La relativización, “absolutizada”,

6 Me refiero a “peso” o “poder”, no a “valor”. No estoy valorando las culturas; el problema no es que unas culturas puedan ser más valiosas que otras, sino que, sien-

significó el contemplar sin preocupación las desigualdades culturales y el que en el caso extremo, unas culturas van perdiendo elementos y presencia y desaparezan, mientras que otras, muy pocas, no solamente permanecen, sino que también se extienden por el mundo, así sea “mestiándose” con otras culturas, en procesos como el llamado de “glocalización” (Robertson, 1998; Featherstone, 1990). ¿Quién se preocupa por el poderío de Hollywood, si de todos modos los receptores de sus películas las resemantizan y sus contenidos (por ejemplo, los estereotipos de nosotros mismos) “no nos afectan”, sino que incluso podemos llegar a “subvertir” sus propuestas de sentido? Es la “apropiación hibridante”, de una cultura dominante por parte de culturas que, después de todo, no resultan dominadas, sino quizá todo lo contrario. En la versión extrema, aunque simple, Hollywood resulta una “víctima” de la hibridación cultural. El predominio cultural estadounidense -y “occidental”, más en general- se ha soslayado en aras de un multiculturalismo que, dice algún crítico, en realidad es “mono-multiculturalismo” (Biltereyst, 2002).

Durante la última década ha ido tomando fuerza en los foros internacionales un cierto movimiento en pro de la “diversidad cultural”, que demuestra que la relatividad cultural mitificada ha resultado ser un argumento ideológico, que oculta las diferencias en poderío cultural en el mundo. Este poderío cultural ha propiciado una, así sea relativa, homogeneización, dentro de la diversidad que, claro que existe, pero que, después de todo, sí va disminuyendo (Yudice, 2004). El *Informe Sobre Desarrollo Humano 2004* se dedicó a “la libertad cultural en el mundo diverso de hoy” (UNPD, 2004). Ahí se comprueba plenamente que no todos los pueblos y etnias somos tan “libres” culturalmente, como la noción mitificada de la relatividad y la multiculturalidad esencializada parecía implicar. Recientemente, García Canclini (2005) tituló una confe-

do igual de valiosas todas las culturas, algunos pueblos tienen los medios y la capacidad para desarrollar, reproducir y extender sus rasgos, prácticas, elementos culturales, mientras otras no. Poco a poco, algunas de estas últimas, languidecen y mueren. Si nos preocupamos por la desaparición de especies biológicas, animales, etc., sería deseable que también nos preocupásemos de lo más preciado que tiene el género humano, su cultura (en su concreción múltiple a través de los diversos pueblos con sus propias culturas. Esto tampoco quiere decir que propongamos la salvaguarda de ningún tipo de “pureza” de las culturas existentes.

rencia reciente: “Todos tienen cultura: ¿Quiénes pueden desarrollarla?”. Veamos una extensión de esta discusión, en relación con las identidades.

Entonces, como una dimensión de lo anterior estaría el tema del paso de una noción de *Identidad* en singular, “esencial”, monolítica y ahistórica, por ejemplo en lo que se refiere a lo nacional (La Identidad Nacional), a su explosión en una “múltiple diversidad” de identidades, en plural, todas relativas y cambiantes como el mundo mismo de la globalización (Béjar y Rosales, 1999; 2002). Esta original desmitificación de la noción esencialista de “identidad nacional”, sana y correcta en términos analíticos, fue reforzada con el descubrimiento de que el proceso de globalización estaba socavando no solamente la idea de “Estado-nación”, sino la efectividad histórica del referente de tal idea, en términos del ejercicio de poder de los estados nacionales, a partir la presencia y fuerza de actores trans-, multi- y supranacionales, aunque también en virtud del surgimiento de movimientos sociales y otros actores nuevos en las arenas políticas nacionales. De repente, con los vientos posmodernos finiseculares, al parecer “desapareció la nación, el Estado y el Estado-nación”; tanto en cuanto “comunidad imaginada” (Anderson, 1992), como en su materialidad con la acelerada “desterritorialización”, especialmente de los fenómenos y procesos culturales (François, 2000; Levy y Alayón, 2000). La globalización ha modificado los parámetros de la soberanía y ha delimitado -desigualmente- la capacidad de decisión -en algunos ámbitos- de los gobiernos nacionales y modificó las condiciones para el ejercicio de la democracia (Held, 1997; Giddens, 2000). Pero, sin embargo, hay un creciente consenso en que a) el Estado-nación sigue “vivito y coleando” y b) es necesaria su existencia y actuación, por lo menos de frente a una “mano invisible” ciega e inhumana, productora de injusticias y depredadora del medio ambiente global. Comenta Graham Murdock (2004: 26): “... simplemente no es el caso empíricamente de que los estados-nación estén declinando en importancia como las unidades centrales de la organización política y administrativa”.

El influyente estudioso inglés de la recepción desde la perspectiva culturalista, David Morley, comenta:

... mi argumento tiene un tono polémico en la medida en que expresa escepticismo sobre las maneras en que, en algunas áreas de los estudios culturales, la crítica a algunas formas de supuesto esencialismo en ocasiones ha llevado a una celebración acrítica de todo tipo de nociones de movilidad, fluidez e

hibridez, como intrínsecamente progresistas en sí mismas. En esa escritura celebratoria el foco está usualmente en la habilidad de la gente para rehacer y reformular sus identidades en formas empoderantes. Sin embargo, en mi concepto, con frecuencia se presta insuficiente atención en los procesos mediante los cuales las formas de capital cultural con las cuales la gente puede reformular sus identidades están distribuidas desigualmente y el grado en que muchas personas se ven forzadas a vivir mediante las identidades que otros les han adscrito, en lugar de por identidades que ellos hubieran escogido por sí mismos (Morley, 2001: 427).

Por cierto, en este tipo de discursos, sobre las condiciones “post”, otra confusión ha radicado entre los juicios de hecho, los conceptos descriptivos, y los buenos deseos -o, en el mejor de los casos, las proyecciones-. Es decir, una cosa es 1) constatar, descriptivamente, que “el Estado ya no existe”; otra cosa, diferente, es 2) constatar una tendencia al debilitamiento del Estado, tal que, si no ocurre una tendencia a su fortalecimiento, en poco tiempo aquel desaparecerá; y 3) otra cosa es manifestar por ejemplo que, debido a sus ineficiencias sociales, económicas y políticas, “el Estado debería desaparecer”. Una ambigüedad de este tipo ocurre en el caso de la propuesta habermasiana de identidades postnacionales. A raíz de los sucesos que fueron ocurriendo prácticamente durante la segunda parte del siglo pasado, que tienen como culminación presente la constitución -y más recientemente la ampliación- de la Unión Europea, los estados nacionales europeos cedieron algún grado de soberanía (Habermas, 2000). Hay quienes han denominado a este proceso como de “integración posnacional” y de ahí que se hable de la posibilidad -y en algunos casos de la necesidad- de la construcción de una “identidad posnacional” (Habermas, 1993). El filósofo alemán habla del paso de una “constelación nacional” a una “constelación posnacional”: “Las sociedades actuales, constituidas en torno al Estado-nación pero rebasadas en sus capacidades por las distintas horneadas de desnacionalización, no tienen más remedio que ‘abrirse’ a una sociedad mundial que se les ha impuesto a través de la economía” (Habermas, 2000:85).

Si bien la propuesta de Habermas tiene una base histórico-empírica, también y principalmente parte de una fuente ética y normativa. Manifiesta la *aspiración* de superar los “particularismos” nacionalistas, para asumir valores universales, como el Estado de Derecho o im-

perio de la ley, los derechos humanos, la democracia. Pero este universalismo no consistiría, por cierto, en la imposición de normas, criterios y valores únicos, sino en asumir y respetar la diversidad y la diferencia (Sánchez Ruiz, 2002). Personalmente estoy de acuerdo con la propuesta ética de Habermas. Pero he revisado informes del Eurobarómetro e investigaciones académicas sobre este tema en Europa, y al parecer son muy pocos, demasiado pocos, los europeos que han leído a Jurgen Habermas (ibid.). El problema ocurre cuando, como en el caso del antropólogo mexicano Roger Bartra (2001), quien toma el concepto normativo de Habermas y lo quiere aplicar como si fuera ya un hecho, hablando entonces de una “condición posmexicana”, de la cual la inmensa mayoría de la población mexicana no se ha enterado (Sánchez Ruiz, 2002). No estamos diciendo que posiblemente sí se estén generando este tipo de identidades “posnacionales” en diversas partes del mundo. Lo que criticamos es la prisa por declararlas ya las formas prevalecientes de identificación (Morley, 2001).

En general, el fin del milenio fue una época propicia para declarar extintos o superados una infinidad de conceptos, condiciones, paradigmas, etcétera. Así, no solamente había llegado la postmodernidad, sino también la “post-historia” (Fukuyama *dixit*)⁷, el post-colonialismo, posiblemente el “post-imperialismo”, el “postnacionalismo”, etcétera:

Esta tendencia dominante de dejar atrás el pasado se ha inscrito en el debate cotidiano con el añadido del prefijo “post” a las etiquetas que se usan para caracterizar las formaciones definitivas del mundo contemporáneo; modernidad, industrialismo, capitalismo, nación y colonialismo. Dejar atrás esos “posts” es una precondition esencial para un recuento más adecuado del rejuego entre cambios en la comunicación y los patrones más amplios de cambio contemporáneo (Murdock, 2004: 20).

Con relación al “posnacionalismo”, es verdad que grandes encuestas como la “mundial de valores” que dirige Ronald Inglehart han encontrado que entre las generaciones nuevas, especialmente en los países más desarrollados de Europa, hay una cierta tendencia hacia la disminución del nacionalismo, el “orgullo nacional” y las identificaciones con lo na-

7 De hecho, al parecer en la opinión de Francis Fukuyama (2002) la historia ya comenzó de nuevo, gracias al atentado terrorista del 11 de Septiembre.

cional. Pero, de hecho, éstos están lejos de haber desaparecido (Ingelhart *et al.*, 2004). Aun más, recordemos que han ocurrido en el mundo diversas guerras recientes por el resurgimiento de nuevas manifestaciones nacionalistas, ligadas con fenómenos étnicos, o religiosos, y desde luego, políticos. Hace poco tiempo, en noviembre de 2004, una gran cantidad de personas en el mundo, que vieron por ESPN un encuentro del fútbol español, entre el Real Madrid y el Barcelona en la cancha de este último, se enteraron de que, como rezaba un letrero gigante, “Catalonia is not Spain”. En la negación de una nacionalidad, hay la afirmación de otra. Hay identidad nacional, aunque ésta no sea una “esencia”.

México comparte más de tres mil kilómetros de frontera con Estados Unidos, posiblemente el país más chovinista que existe, estado-nación indudable, en estos tiempos de hegemonía global unipolar (Smith y Jarkko, 2001; Sánchez Ruiz, 2002). La población mayoritaria de Estados Unidos no se volvió nacionalista la noche del 11 de Septiembre de 2001, sino que ya lo era -y bastante- desde hacía mucho tiempo. Hay además tendencias ideológicas muy fuertes en Estados Unidos que suscriben la doctrina del “destino manifiesto”, pero que determinan que es a los sajones, protestantes, a quienes se les encomendó llevar el evangelio de la libertad y la democracia por el mundo... por la paz o por la fuerza. Así, el nuevo profeta de la identidad nacional estadounidense es Samuel Huntington (2004), quien primero incitó al “choque de las civilizaciones” (Huntington, 1997) y ahora se queja amargamente de que los migrantes mexicanos les están echando a perder su identidad primigenia, esencial. Estamos los mexicanos, pues, en una situación incómoda y peligrosa, cuando algunos intelectuales posmodernos y políticos “neoliberales” sugieren que tiremos a la basura la propia identidad nacional, teniendo a la orgullosa, prepotente y chovinista potencia nuclear como vecina. Entre otros factores, de ahí que sea necesario examinar el tema de la identidad nacional como un “problema *político* y cultural” (Béjar y Rosales, 2002). Este tema tiene entonces que ver con la política y los accesos diferenciales a recursos de poder: no solamente las armas, también las industrias culturales, de las cuales nuestro país vecino posee la hegemonía incuestionable (Sánchez Ruiz, 2004).

Recapitemos, entonces, en lo que respecta a las identidades. Parece ser que es ya una verdad suficientemente consensuada (y empíricamente comprobada) que las identidades no son “esencias” inmutables, sino construcciones culturales e históricas que cambian a través del

tiempo (Valenzuela Arce, 2000). Está bastante garantizado que las identidades son múltiples, desde el nivel individual, pasando por diversos niveles socio territoriales, e incluyendo algunas identidades “desterritorializadas” y otras transnacionales, ligadas con la migración y la diáspora (Morley, 2001; Sánchez Ruiz, 2002). Pero las diversas identidades coexisten y constituyen recursos simbólicos para unir e identificar grupos pequeños o grandes: desde el barrio o los hinchas del equipo de fútbol, hasta por ejemplo los esfuerzos que hace la Unión Europea por generar una identidad europea, que coexista con las identidades nacionales (Delgado Moreira, 1997). De acuerdo con las encuestas del Eurobarómetro, ni los británicos, ni los alemanes ni los franceses han dejado de sentir apego e identificación por sus respectivos países, a pesar de que poco a poco -y diferencialmente- han desarrollado algún grado de identificación con la propia Unión Europea, misma que coexiste con sus identidades nacionales (Sánchez Ruiz, 2002). En el nivel muy superficial de la identificación, de nuevo, hay una gran cantidad de personas en el mundo que no se han enterado de que ya es la hora del postnacionalismo. Las identidades, pues, no son solamente una cuestión cultural, políticamente neutra, sino que tienen aspectos políticos que, por cierto, mal canalizados, pueden llegar a cosas terribles como la violencia en los estadios deportivos, o a las guerras y las masacres por “limpieza étnica”. Pero... ¿Es necesario irse al extremo de negarlas? Es cuestión de cómo se manejan políticamente las identificaciones colectivas.

Otro par de cuestiones míticas, estas relacionadas con los medios de comunicación. Durante los decenios de 1980 y 1990, al tiempo en que los enfoques críticos y totalizantes de las ciencias sociales se iban desplazando y en principio “se derrumbaron” junto con el muro de Berlín, fue tomando auge el enfoque culturalista, que partió en mucho del proceso de conversión de la escuela de Birmingham, del marxismo y la teoría de la ideología, a los llamados “estudios culturales”. Íntimamente relacionados con éstos, se desprendieron nuevas formas de “análisis de recepción”, en especial con respecto a los mensajes mediáticos. Desde el punto de vista epistemológico, se pasó de un predominio de puntos de vista estructurales, holistas e históricos, al de enfoques de índole micro social y micro temporal. De la mirada al bosque, al examen de los árboles. El aspecto positivo de este cambio es que las influencias de los medios se pensaron complejas y “multimedias”, incluyendo una buena porción de “actividad” de la audiencia, mientras que en los enfoques crí-

ticos anteriores, como la teoría de la ideología, se pensaban los “efectos” mediáticos como directos y omnipotentes. Lo problemático fue que la mirada fragmentadora y miope del pequeño espacio posmoderno, no regresó al amplio espectro de lo estructural, estructurante. Nos volvimos expertos en árboles, qué digo árboles, en cortezas, ramas y hojas, es decir, en la diferencia y la multiplicidad, y nos olvidamos de que *también* está la similitud, las conexiones en patrones amplios y la homogeneidad aparente que permite la mirada al bosque. Graham Murdock recomendaba hace poco:

Como C. Wright Mills célebremente arguía en su manifiesto por la investigación social crítica, “las biografías de los hombres y mujeres [individuales] no se pueden entender sin referencia a las estructuras históricas en las que el medio ambiente de su vida cotidiana se organiza” (Mills, 1970: 175). Igualmente, el análisis de las repercusiones de las fuerzas estructurales de cambio necesita fundamentarse en trabajo etnográfico detallado de la acción cotidiana (Murdock, 2004: 23).

Como parte del mito, se decía que los nuevos estudios de audiencia venían a superar a una inexistente “teoría de la jeringa”, de origen estadounidense, la cual asumía que los medios tenían efectos directos, inmediatos y masivos, en sus públicos. De hecho, los investigadores empiristas estadounidenses habían comenzado a dar cuenta de procesos y variables intervinientes y mediadoras en la operación social de los medios de difusión, desde los años cuarenta, cuando en la investigación electoral se comenzó a identificar influencias mediadoras de la comunicación interpersonal y diversas formas de selectividad de los receptores (Sánchez Ruiz, 2004b). Para fines de los años sesenta, junto con la propuesta de la búsqueda activa de satisfacciones en “usos y gratificaciones”, también comenzaron los empiristas a diferenciar el horizonte temporal de los “efectos” de los medios en sus audiencias: del corto plazo de la “agenda setting” al mediano y largo plazo del “cultivo” (cultivation analysis). En cambio, los investigadores críticos en los años setenta solíamos pensar estos procesos más directos y monolíticos: La ideología dominante se imponía directamente sobre las clases dominadas, las que no tenían acceso a la propiedad y control de los medios de comunicación, entre otros aparatos ideológicos. Fue más bien en el campo crítico donde reinaba algo parecido a la teoría de la llamada “aguja hipodérmica”.

Entonces, tanto el culturalismo inglés como el culturalismo latinoamericano, que encabezaron entre otros, Jesús Martín Barbero, Néstor

García Canclini y en particular en el análisis de la recepción, Guillermo Orozco, contribuyeron con una mirada más compleja a los fenómenos y procesos de influencia social de las industrias culturales (Follari, 2002; Mattelart y Neveu, 2002; Sánchez Ruiz, 2000a). Un aspecto fundamental de este enfoque, que se puso de moda en Latinoamérica durante las dos últimas décadas del siglo, fue el énfasis que se dio analíticamente a la actividad de los receptores mediáticos. Las audiencias fueron vistas ya no como tábulas rasas inermes que cual esponjas recibieran y absorbieran todo lo que los medios les enviaran, sino con diferentes grados de selectividad y acciones de apropiación, resemantización y “uso” de los mensajes mediáticos. Incluso, se llegó a afirmar que en realidad las audiencias populares “subvertían” tales mensajes (Miller y Philo, 2001). Se cayó en el extremo de un populismo de los receptores (Gibson, 2000; Fiske, 1987). El proceso de recepción era tan complejo, multimediado, y las audiencias eran tan activas, lo que se combinaba con la polisemia propia de cualquier mensaje (también exagerada), que finalmente parecía que los mensajes no ejercían prácticamente ninguna influencia sobre sus receptores. Los emisores no ejercían, en principio, casi nada de poder sobre los receptores (Vassallo de López, 1995). Los medios resultaron, entonces, “hermanitas de la caridad”. ¡Ah! Tenían razón los dueños y operadores de medios y los publicistas: Ellos siempre dieron al público únicamente y solamente lo que el público, activamente, pedía, ni más ni menos. En caso contrario, de todos modos la audiencia tomaba de los mensajes mediáticos lo que finalmente quería. Los medios de difusión masiva, entonces, en realidad no afectaban a sus audiencias, cuyas identidades eran múltiples, cuyas culturas eran creativas y contestatarias. Entonces, todos los miles y miles de dólares que se gastan en publicidad transnacional en el mundo, ¿Son absurdos e inútiles, un desperdicio? Pues parece que sí, según el mito populista de las audiencias “impermeables”.

Ante el mito (en el sentido en que lo tratamos aquí) de que la globalización estaba *homogeneizando* culturalmente al mundo, americanizándolo y europeizándolo, surgió el mito contrario de la heterogeneidad irreductible y esencial de las culturas del mundo. La famosa “Globalización”, en realidad no era otra cosa que la “localización” de lo global, no lo contrario. Es decir, que el polo supuestamente débil, de los receptores y sus culturas locales, resultó mitificado cuando se les atribuyó una especie de “concha protectora”, que si no rechazaba lo global, por lo menos lo asimilaba, hibridaba y lo “inoculaba” con la cualidad

de “glocal”. “Como en todas las construcciones binarias -comenta Murdock (2004: 27)-, hay la tendencia a esencializar los dos términos, construyendo lo ‘local’ como la esfera de la autenticidad y de la autocreación y lo ‘global’ como el dominio de lo preempaquetado e inauténtico”. Lo que finalmente encontramos es que se logra una cómoda coexistencia en cada cultura “local” de los elementos propios, con los “globales”, es decir, los provenientes de la industria cultural transnacional, y los sujetos desarrollan “estratos de identidad”, donde cabe desde luego uno de “identidad global” (Straubhaar, 2000). Se trata del “monomulticulturalismo” de que habla Naomi Klein (citada por Biltereyst, 2002), en la medida en que prácticamente todos los pueblos del mundo compartimos ese estrato “global”.

Pero los medios siguen ocupando lugares importantes en las estructuras de poder, tanto a nivel nacional, como, y principalmente, en el concierto internacional. Las industrias culturales transnacionales continúan operando a escala global, en todas las “localidades”, interactuando, mestizándose, “glocalizándose”. Finalmente, por ejemplo en estudios sobre las relaciones de los medios con la política, aquéllos al parecer sí cumplen diferentes roles y ejercen diversas formas de influencia entre sus audiencias, si bien activas y mediadoras (Sánchez Ruiz, 2004b). En una amplia revisión reciente de la literatura sobre las influencias culturales de los medios estadounidenses en el mundo, Daniel Biltereyst (2002) encuentra que, si bien no hay evidencias claras ni para afirmar ni para negar la famosa “americanización”, lo que sí es muy claro es que la manera en que se hacen las preguntas y se realizan los diseños de investigación, implica al mismo tiempo la toma de una posición política. Concluye así este autor que hay un debate político subyacente en esta línea de investigación, que debe aclararse en la discusión.

El decenio de los ochenta fueron los años en que el mundo en su conjunto observó un repunte de la derecha, con el ascenso del pensamiento -traducido en políticas públicas- neoliberal. Los años en que Estados Unidos y Gran Bretaña se retiraron de la UNESCO, en virtud de que en su seno se patrocinaban estudios que mostraban las enormes desigualdades en el campo de la información y la comunicación, y se proponían formas para disminuir la inequidad, en un “nuevo orden mundial de la comunicación” (Sánchez Ruiz, 2005). Es decir, en el mundo no solamente ocurrían cambios epistemológicos, teóricos o metodológicos, sino que también había cambios en los paradigmas dominantes de la po-

lítica y la economía y, desde luego, en las correlaciones de fuerza, pues al cabo de la década de los ochenta, pasamos de un mundo bipolar, a uno hegemonizado por una sola gran potencia en lo militar. Como ya comentamos antes, las definiciones aparentemente más “técnicas” y de índole supuestamente cognitiva, no están exentas de reflejar posturas, o por lo menos de tener consecuencias de carácter político (Biltereyst, 2002).

Un último mito. Se ha afirmado que, en realidad, América Latina (el subcontinente entero, completo, según el manejo discursivo hecho por muchos autores durante las últimas décadas), no tenía por qué preocuparse por las influencias culturales transnacionales, puesto que -y esto era ya parte del sentido común- era autosuficiente y hasta superavitario en materia audiovisual. Para ser más precisos, en materia televisual. Algunos autores, ayudados por la publicidad y las relaciones públicas de empresas como Televisa y TV Globo, habían “vendido la imagen” de que Latinoamérica era exportadora neta de programas televisivos y que sus telenovelas se encontraban por todo el mundo (Marques de Melo, 1990; 1995; Sinclair, 1999). La versión más moderada era que, en realidad, América Latina era productora y exportadora, a todo el orbe, de telenovelas. Además, en virtud de la “afinidad cultural”, los públicos latinoamericanos tendían a preferir lo propio y en segundo lugar, lo culturalmente próximo, es decir lo proveniente de otro país latinoamericano, o quizás de España (Straubhar, 1992).

La investigación empírica muestra que, en primer lugar, no es América Latina sino unos pocos países, los que producen y exportan programas de televisión. Pero en realidad, son unas pocas empresas: Televisa, TV Globo, Grupo Clarín y el Grupo Cisneros, las que producen y exportan en mayor escala, y eso no hace a sus países de origen *exportadores netos*, sino que éstos, en el balance global, son *importadores netos*⁸ de productos televisivos, a lo que, si añadimos el predominio abrumador de Hollywood en la industria cinematográfica, significa una situación de subordinación comercial-audiovisual muy grande. Eso incluye a los gigantes audiovisuales latinoamericanos, Brasil y México. A pesar de la imagen optimista que se ha creado de estos países, hay investigaciones empíricas recientes que demuestran que su presencia, por ejemplo en la

8 Es decir, tan sencillo como que *compran más de lo que venden*.

televisión Europea, es menos que marginal, particularmente de los dos “grandes”, Brasil y México, y específicamente de sus telenovelas (Bilte-reyst y Meers, 2000). Por ejemplo, los informes del proyecto Eurofiction para el caso español, han demostrado claramente que España prácticamente no importa programas televisivos de ficción latinoamericanos (Vilches *et al.*, 2000; 2001; 2004).

En la realidad, la televisión latinoamericana sigue siendo importadora neta. Según un estudio de Media Research & Consultancy-Spain, aun México, que concentraba la mitad de las exportaciones de la industria audiovisual de Iberoamérica en 1997, era país deficitario: en 1996 se estima que tuvo un déficit de 158 millones de dólares y en 1997 de 106 millones de dólares (2,247 millones la región entera) (MR&C, 1997; 1998). Partiendo de datos oficiales, yo calculé que para el mismo 1997 México habría tenido un déficit de 22.7 millones de dólares solamente en la balanza comercial televisiva (Sánchez Ruiz, 2000). Un 87% de las importaciones audiovisuales de Iberoamérica, provenía de Estados Unidos; 6% de otros países europeos y 5% de la propia región. Solamente de televisión, el 95% de las señales importadas vía satélite (925 millones de dólares) y 77% de los programas (más de 900 millones dólares), provenían de Estados Unidos. Una alta proporción de las señales que se importan se transmiten por televisión de paga, que si bien aun es minoritaria en América Latina, está creciendo de una forma acelerada y sostenida.

Colofón

Entonces, si bien efectivamente México, Brasil, Argentina, Venezuela y unos pocos otros países alcanzan a producir una parte mayoritaria de lo que sus respectivas poblaciones ven por la televisión vía aire, es un hecho que de todos modos deben importar una proporción relativamente grande de su entretenimiento televisual. Por otra parte, al crecer y generalizarse la TV de paga, se tienen que generar más polos de producción local para cubrir la demanda de programas que se incrementa enormemente. Aquí el problema no reside en abrirse al mundo para tener una parte nacional (e, incluso, local) de programación, y otra amplia de origen externo, que permita a nuestras poblaciones conocer manifestaciones culturales, relatos, etcétera, de otros países. Pero acabamos de ver que en realidad nuestras importaciones audiovisuales suelen provenir de un origen principal: Estados Unidos. Esto es aun más el caso con respecto a la cinematografía. Otra vez, según parece, los procesos de “glocali-

zación” audiovisual latinoamericanos son “mono-multiculturales”. El panorama actual de las industrias culturales en América Latina nos muestra que en realidad, tal como lo señalaba hace ya 25 años el informe MacBride (1980), los procesos de producción, distribución-circulación y consumo de productos y servicios culturales siguen siendo altamente concentrados y desiguales, tanto al interior de los países como entre los mismos (Sánchez Ruiz, 2005). Esto tiene implicaciones de políticas públicas importantes, que serán orientados de acuerdo a ciertas premisas, presupuestos y marcos interpretativos. El papel que puedan seguir jugando los medios de difusión en la consolidación de la democracia también depende de los puntos de vista de los que se parta, que suelen por necesidad favorecer a diferentes intereses.

Hay intereses detrás de los puntos de vista, implicaciones y consecuencias políticas. Entonces, yo creo que vale la pena repensar si seguimos guiándonos, tanto en la labor de investigación, como en el discurso político sobre los medios, las culturas, las identidades, la globalización, etc., por las medias verdades que favorecen a los intereses privados de las grandes corporaciones de la industria cultural, o a los de la población mayoritaria de nuestros países y sus culturas. Es una apuesta por una verdadera diversidad cultural, o por el “mono-multiculturalismo” de que hablamos antes.

En este escrito no nos interesa llegar todavía a conclusiones y propuestas demasiado puntuales y definitivas. Nos interesaba más bien hacer la provocación y esperar que se genere un sano debate que contribuya a desmitificar “las certezas” que a veces nos impiden ver con claridad la realidad.

Referencias bibliográficas

- Anderson, Benedict (1992). **Imagined communities. Reflections on the origins and spread of nationalism.** London: Verso.
- Barthes, Roland (1977). **Mythologies.** Nueva York: Hill and Wang (primera edición en francés. 1957 en Editions du Seuil, París).
- Bartra, Roger (2001). ¿Puede funcionar un sistema posmexicano? En **Este País, Tendencias y Opiniones**, Núm. 121, 21 de abril.
- Beck, Ulrich (1998). **¿Qué es la Globalización? Falacias del Globalismo, Respuestas a la Globalización.** Barcelona: Paidós.

- Béjar, Raúl y Héctor Rosales (coords.) (1999). **La Identidad Nacional Mexicana Como Problema Político y Cultural**. México: Siglo XXI/CRIM-UNAM.
- Béjar, Raúl y Héctor Rosales (coords.) (2002). **La Identidad Nacional Mexicana Como Problema Político y Cultural. Los Desafíos de la Pluralidad**. Cuernavaca: CRIM-UNAM.
- Biltereyst, Daniel (2002). "Globalisation, Americanisation and politisation of media research. Learning from a long tradition of research on the cross-cultural influences of US media". Ponencia presentada en la 23a Conferencia de IAMCR/AIERI, 21-26 de julio, Barcelona.
- Biltereyst, Daniel y Philippe Meers (2000). The international telenovela debate and the contra-flow argument: a reappraisal. En **Media, Culture and Society**, Vol. 22, Núm. 4.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (2000). Los artificios de la razón imperialista. En **Voces y Culturas**, Núm. 15, I Semestre.
- Cocimani, Gabriel (2004). Mitos de la posmodernidad. En **Revista Comunicación**, Vol. 13, Núm. 2, Agosto-Diciembre.
- Curran, James (1990). The new revisionism in mass communication research: A reappraisal. En **European Journal of Communication**, Vol. 5, Núms. 2-3, Junio.
- Delgado-Moreira, Juan M. (1997). Cultural Citizenship and the Creation of European Identity. En **Electronic Journal of Sociology**, Vol. 2, Núm 3. (http://www.sociology.org/content/vol002.003/delgado_d.html. Consulta: 2005, junio 09).
- Featherstone, Mike (ed.) (1990). **Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity**. Londres: SAGE.
- Fiske, John (1987). **Television Culture**. Londres: Routledge.
- Follari, Roberto A. (2002). **Teorías Débiles (Para una Crítica de la Deconstrucción y de los Estudios Culturales)**. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Foucault, Michel (1974). **Las Palabras y las Cosas**. México: Siglo XXI.
- Français, Ariel (2000). "El Crepúsculo del Estado-Nación. Una interpretación histórica en el contexto de la globalización" UNESCO-MOST: Documentos de debate - nº 47 (<http://www.unesco.org/most/francais.htm>. (Consulta: 2005, junio 16/06/2005).
- Fukuyama, Francis (2002). "Has history restarted since September 11?", Conferencia dictada en "The Nineteenth Annual John Bonython Lecture", o de agosto 2002 (Center for Independent Studies, Melbourne).

- García Canclini, Néstor (1989). **Culturas Híbridas**. México: Grijalbo/Conaculta.
- García Canclini, Néstor (1999). **La Globalización Imaginada**. México: Paidós.
- García Canclini, Néstor (2005). “Todos tienen cultura: ¿Quiénes pueden desarrollarla?”, Conferencia para el Seminario sobre Cultura y Desarrollo, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, 24 de Febrero.
- Giddens, Anthony (2000). **Un Mundo Desbocado. Los Efectos de la Globalización en Nuestras Vidas**. Madrid: Taurus.
- Habermas, Jürgen (1993). **Identidades Nacionales y Postnacionales**. México: REI.
- Habermas, Jürgen (2000). **La Constelación Nacional. Ensayos Políticos**. Barcelona: Paidós.
- Hall, Stuart (1977). The hinterland of Science: Ideology and the ‘Sociology of Knowledge. En **On Ideology**. Birmingham: Working Papers in Cultural Studies, Núm. 10.
- Huntington, Samuel (1997). **El Choque de Civilizaciones**. Barcelona: Paidós.
- Huntington, Samuel (2004). **¿Quiénes Somos? Los Desafíos a la Identidad Estadounidense**. Barcelona: Paidós.
- Ianni, Octavio (1996). **Teorías de la Globalización**. México: Siglo XXI/UNAM.
- Ianni, Octavio (2000). **Enigmas de la Modernidad-Mundo**. México: Siglo XXI.
- Kuhn, Thomas S. (1970). **The Structure of Scientific Revolutions**. Chicago: The University of Chicago Press.
- Levy Carciente, Sary y Rubén Alayón Monserat (2000). El Estado-nación: entre nuevas y viejas fronteras. En **Revista Venezolana de Ciencia Política**, Vol. 17, Enero-Junio.
- MacBride, Sean et al (1980). **Un Solo mundo, Voces Múltiples. Comunicación e Información en Nuestro Tiempo**. México: Fondo de Cultura Económica/UNESCO.
- Marques de Melo, José (1990). Las telenovelas en Brasil. De la nacionalización del género a la exportación para el mercado internacional. En **Anuario ININCO, 3**. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Marques de Melo, José (1995). Development of the Audiovisual Industry in Brazil from Importer to Exporter of Television Programming. En **Canadian Journal of Communication**, Vol. 20, Núm. 3.

- Martín Barbero, Jesús (2002). **Oficio de Cartógrafo. Travesías Latinoamericanas de la Comunicación y la Cultura**. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Mattelart, Armand y Erik Neveu (2004). **Introducción a Los Estudios Culturales**. Buenos Aires: Paidós.
- MR&C (1997). **La Industria Audiovisual Iberoamericana: Datos de sus Principales mercados. 1997**. Madrid: Media Research and Consultancy-Spain.
- MR&C (1998). **La Industria Audiovisual Iberoamericana: Datos de sus Principales mercados. 1998**. Madrid: Media Research and Consultancy-Spain.
- Miller, David y Greg, Philo (2001). The active audience and wrong turns in media studies. Rescuing media power. En **Soundscapes**, Vol. 4, Septiembre (http://www.icce.rug.nl/~soundscapes/VOLUME04/Active_audience.html) (Bajado el 23/04/2005).
- Morley, David (2001). Belongings. Place, space and identity in a mediated world. En **European Journal of Cultural Studies**, Vol. 4, Núm. 4.
- Murdock, Graham (2004). Past the posts. Rethinking change, retrieving critique. En **European Journal of Communication**, Vol. 19, Núm. 1.
- Osorio, Jaime (2002). La centralidad del Estado en la mundialización. En **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, Vol. 8, Núm. 1, enero-abril.
- Petras, James (2001). El mito de la tercera revolución científico-tecnológica en la era del imperio neo-mercantilista. En **Revista Realidad Económica**, 28 de Julio (Instituto Argentino para el Desarrollo Económico) (<http://www.iade.org.ar/iade/Dossiers/imperio/6.18.html>). (Consulta: 2005, junio 09)
- Pires, Hindenburgo Francisco (2001). Ethos' e mitos do pensamento único globaltotalitário. En **Terra Libre**, Núm. 16, 1er Semestre.
- Robertson, Roland (1998). Identidad nacional y globalización: Falacias contemporáneas. En **Revista Mexicana de Sociología**, Año LX, Núm. 1, enero-marzo.
- Ruiz Contardo, Eduardo (2004). La desconocida y manipulada relación entre ciencia social e ideología. En I. Sánchez Ramos y R. Sosa Elízaga (coords.) **América Latina: Los desafíos del Pensamiento Crítico**. México: Siglo XXI/UNAM.
- Sánchez Ruiz, Enrique E. (1992). **Medios de Difusión y Sociedad. Notas Críticas y Metodológicas**. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- Sánchez Ruiz, Enrique E. (2000a). Industrias culturales y globalización. Un enfoque histórico estructural. En G. Orozco (coord.) **Lo Viejo y lo Nuevo. Investigar la Comunicación en el Siglo XXI**. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Sánchez Ruiz, Enrique E. (2002). "Identidades en transición en América del Norte: ¿'Identidades posnacionales'?", en **Acta Republicana. Política y Sociedad**, Año 1, Núm. 1.
- Sánchez Ruiz, Enrique E. (2004a). **Hollywood y su Hegemonía Planetaria: Una Aproximación Histórico-Estructural**. Guadalajara: Universidad de Guadalajara (La Colección de Babel, Núm. 28).
- Sánchez Ruiz, Enrique E. (2004b). **Comunicación y Democracia**. México: Instituto Federal Electoral (Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, Núm. 24).
- Sánchez Ruiz, Enrique E. (2005). Aspectos actuales del Informe macBride. Un punto de vista latinoamericano. En **Revista Mexicana de Comunicación**. En Prensa.
- Schaff, Adam (1971). **Historia y Verdad**. México: Grijalbo.
- Sinclair, John (1999). **Latin American Television: A Global View**. Oxford: Oxford University Press.
- Smith Tom W. y Lars Jarkko (2001). "National Pride in Cross-National Perspective". **Informe de Investigación**, National Opinion Research Center-University of Chicago/International Social Survey Program.
- Straubhaar, Joseph (1992). Beyond media imperialism. En **Critical Studies in Mass Communication**, Vol. 8.
- Therborn, Göran (1980). **Science, Class and Society**. Londres: Verso.
- Valenzuela Arce, José Manuel (1999). **Impecable y Diamantina. La deconstrucción del Discurso Nacional**. Guadalajara: El Colegio de la Frontera Norte/ITESO.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2003). Introducción. Crónica y estudios culturales en México. Teorías de la cultura. En J.M. Valenzuela A. (coord.) **Los Estudios Culturales en México**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Valenzuela Arce, José Manuel (coord.) (2000). **Decadencia y Auge de las Identidades. Cultura Nacional, Identidad cultural y Modernización**. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte/Plaza y Valdes.
- Vassallo de López, Immacolata (1995). Recepción de medios, clases, poder y estructura. Cuestiones teórico-metodológicas de investigación cualitativa de la audiencia de los medios de comunicación de masas. En **Comunicación y Sociedad**, Núm. 24, Mayo-Agosto.

- Vilas, Carlos M. (1999). Seis ideas falsas sobre la globalización. En J. Saxe-Fernández (coord.) **Globalización: Crítica a un Paradigma**. México: Plaza y Janés/UNAM.
- Vilches, Lorenzo et al (2000). Informe Euroficción 1999: Menos familia y más policía. En **Zer**, Núm. 9 (Noviembre 2000).
- Vilches, Lorenzo et al (2001). Informe Euroficción 2000: Entre la innovación y el conformismo. En **Zer**, Núm. 9 (Noviembre 2001).
- Vilches, Lorenzo et al (2004). “Eurofiction España 2004”, Informe versión 22 marzo 2004 (http://antalya.uab.es/guionactualidad/IMG/pdf/eurofiction_2004.pdf. Consulta: 2005, junio 09)
- Yúdice, George (1996). Globalización y gobernabilidad. En D. Mato, Maritza Montero y Emanuele Amodio (coord.) **América Latina en Tiempos de Globalización: Procesos Culturales y Transformaciones Sociopolíticas**. Caracas: ALAS - Universidad Central de Venezuela – UNESCO.
- Yúdice, George (2004). Nuevo activismo en tiempos de imperialismo. En D. Mato (coord.) **Políticas de Ciudadanía y Sociedad Civil en Tiempos de Globalización**. Caracas: FACES-UCV.